

## SIN COMENTARIOS

A pesar del enorme esfuerzo de los bomberos forestales, de la unidad especializada del ejército y de muchos vecinos voluntarios que seguían actuando sin descanso, el fuego cada vez se hallaba más próximo al pueblo. No era el único foco, en total había cinco incendios activos en la provincia. Las gentes se estaban preparando para abandonar sus casas. Estaban desesperados, no concebían que pudieran perder el legado de sus ancestros y enterrar para siempre la singladura de su historia familiar y social. Como les habían comentado, irían al polideportivo de la localidad más grande de la comarca. Cogerían lo más necesario y saldrían rápidamente cuando las autoridades así lo dispusieran.

De repente, desde uno de los callejones más estrechos, tronó una voz: “¡Solo el pueblo salva al pueblo!”. Esa voz era muy conocida y sin necesidad de verlo en persona sabían de quién se trataba. Sabían que estaría tecleando en el ordenador o en el teléfono móvil. Sabían cuáles eran los alias tras los que se ocultaba en las diferentes redes sociales. Sabían que más temprano que tarde se haría una fotografía donde mostraría a todo el mundo lo implicado que había estado en esos momentos tan complicados. Esa imagen sería utilizada para generar enfrentamientos y no para cooperar, para extender el odio y no para facilitar la empatía y el entendimiento. Sabían todo eso. Algunos aplaudían estos actos, otros los rechazaban categóricamente porque las mentiras no perseguían hacer un análisis profundo de la realidad y aportar argumentos que permitieran superar los problemas sobre la base del consenso y la participación. Solo se trataba de imponer una visión muy negativa, cuanto más negativa mejor, de negar los hechos, de simplificar al máximo las causas para llegar a la conclusión de que esos gobernantes eran incompetentes y corruptos y no se preocupaban por los asuntos prioritarios de la población. Ellos y solo ellos debían estar al frente de la nación. Así había sido durante mucho tiempo y así tenía que continuar. Los demás eran ilegítimos, a pesar de lo establecido en La Constitución.

En medio de la tragedia, el alcalde anterior falleció. Había desempeñado el cargo durante doce años con una amplia mayoría y, en el último lustro de su mandato, debido a sus continuos éxitos electorales, llegó a compatibilizar la alcaldía con la presidencia de la Diputación. Desde hacía un tiempo su salud era precaria, padecía problemas cardiovasculares. Tras la pandemia siguió utilizando la mascarilla. Cuando salía a pasear junto a su esposa, se sentía más seguro con ella, pero la intensidad del humo durante

tantas horas acabó con su vida. Conocido el suceso, sus votantes más acérrimos y los militantes del partido, organizaron, dadas las circunstancias extremas en las que estaban insertos, un improvisado acto de despedida para realzar y ensalzar la figura del difunto.

Durante años se redujo la inversión en la limpieza del monte y no se mantuvieron en buen estado los cortafuegos. Por decisión de los ediles, el montante económico no gastado en esos menesteres fue destinado a la ampliación de las piscinas municipales y al aumento del presupuesto para las fiestas patronales, propuestas más valoradas en una consulta por las gentes del lugar. Cuando, hace unos meses tras las elecciones, el nuevo equipo municipal tomó el mando, se iniciaron los trámites para recuperar las antiguas prácticas forestales. Consideraron apremiante estas actuaciones, porque, desde hacía una década, en otras zonas del mundo y del continente se estaban originando incendios que llamaban de sexta generación, cuyas enormes llamas avanzaban a toda velocidad y las fuerzas encargadas de la extinción, incluidos los aviones y los helicópteros, se veían incapaces de frenar la enorme devastación que se les venía encima. Con el paso de los días, las hectáreas de terreno que quedaban abrasadas se contaban por decenas de miles. La impotencia era total. Así lo ponían de manifiesto las noticias e imágenes que ofrecían los medios de comunicación. Lo primero que impulsaron fue la puesta en marcha de una brigada verde que se encargaría de las tareas de prevención durante todo el año. La brigada, constituida en principio por diez miembros, actuaría siguiendo las órdenes de un ingeniero forestal. Cada seis meses se haría una revisión de las actuaciones y, si fuera necesario, se incorporarían nuevos efectivos humanos.

Por la noche, el viento cambió de dirección. Las llamas fueron retrocediendo tanto en altura como en extensión. Parecía que la situación mejoraba, que no iba a ser necesaria la evacuación urgente del vecindario. Los ánimos, aunque todavía muy alterados, se iban remansando.

Muchas personas pasaron a dar el pésame a la familia del anterior regidor. En los periódicos digitales, los afines realizaron un sinfín de elogios y parabienes. En los programas nocturnos de radio, significados prohombres del partido ensalzaban la figura del finado. No hubo un solo comentario que matizara mínimamente la figura de tan excelso señor.

Una imagen de un personaje lanzando un cubo de agua a un tronco en llamas estaba invadiendo las redes sociales. La fibra óptica no es capaz de transmitir sensaciones olfativas, si esto hubiera sido posible, a la nariz de los seguidores hubiera llegado un fuerte olor a disolvente. Bajo la imagen, se podían leer las siguientes líneas:

“Solo el pueblo, salva al pueblo. Aquí no ha intervenido el ejército, el Estado no ha puesto los medios mínimamente suficientes. Alguien se echará al bolsillo el coste de las actuaciones que nos han negado”. Aunque recibió innumerables “me gusta”, algunos hacían constar la UME (Unidad Militar de Emergencia) era la parte de las tropas especializada en esos menesteres, que los bomberos forestales de las diversas regiones del país enviados a la provincia y los medios aéreos también formaban parte del Estado. A eso se le llamaba solidaridad, y a lo que el mensaje estaba propagando solo le podía denominar como mentira, postureo y odio.

Al mediodía, el viento volvió a cambiar de dirección. El resplandor del fuego iba tomando dimensiones desorbitadas, las llamaradas alcanzaban una altura inimaginable y se acercaban al pueblo a toda velocidad. Las gentes cogieron sus enseres más imprescindibles y salieron, muy tristes, algunos, desabridos, otros, pero todos ellos reflejando en sus caras un gigantesco dolor y una inmensa impotencia. Atrás quedaban sus tierras, sus ancestros, sus animales, sus aperos, sus vivencias, sus recuerdos, su identidad para siempre perdida. En cuestión de minutos, el fuego arrasó todo.

El internauta, afectado por las críticas recibidas, quiso demostrar de forma fehaciente aquello de que “solo el pueblo salva al pueblo”, le quitó la manguera a un bombero que se batía en retirada y, aunque el humo le impedía ver, miró al frente para enfrentarse a su enemigo. Al instante sintió que un calor de dimensiones siderales devoraba sus entrañas.

En una red social, días más tarde, apareció un “reel” (vídeo muy corto con música de fondo) de una figura humana, bastante maltrecha y deformada, que levitaba, arrastrada por el viento y por las llamas, por encima de unas lomas. En el centro se podía leer: “Un héroe”. Este mensaje no recibió “likes” ni comentarios.

**“Relatos sin sordina” (2006 - )**